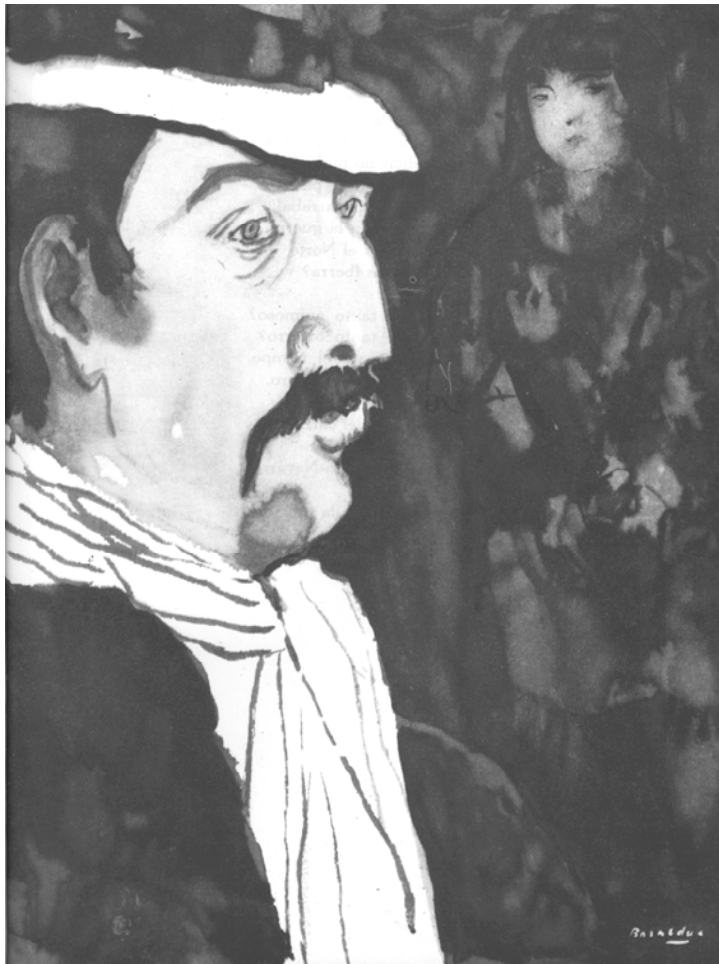
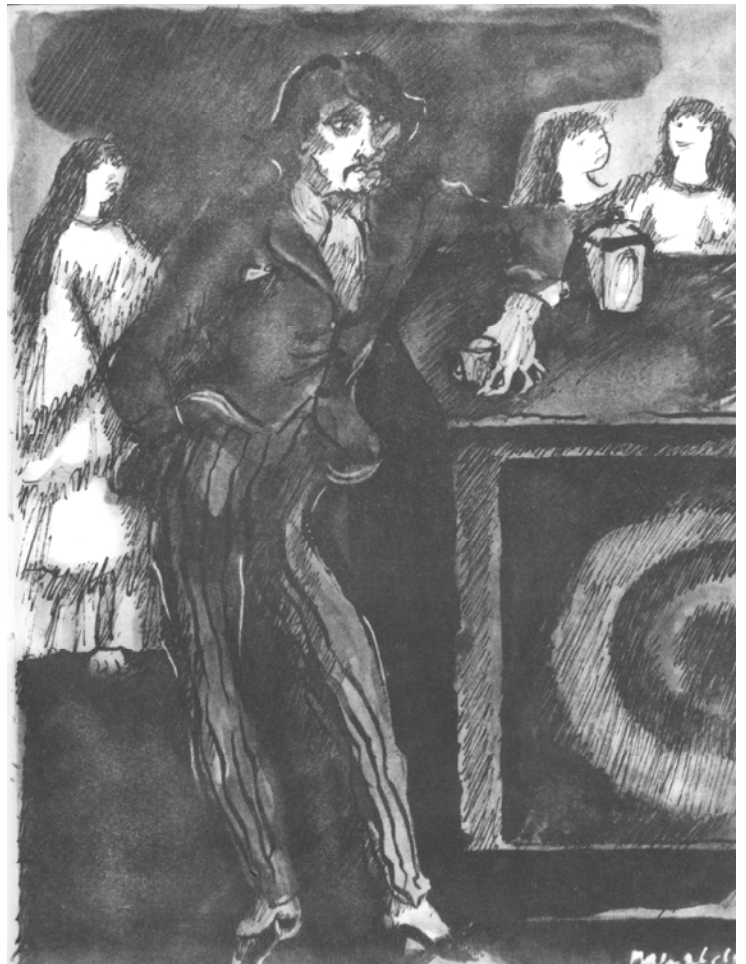


El primo ruso de Funes el memorioso

José Gordon



Héctor Basaldúa, *¿Dónde se habrán ido?*, 1965



Héctor Basaldúa, *Milonga de Calandria*, 1965

En 1944, en Buenos Aires, una de las ficciones memorables que creaba Jorge Luis Borges era la de un personaje que lo recordaba todo: Irineo Funes. Su prodigiosa memoria era tal que mientras nosotros, dice Borges, sólo podemos percibir de un vistazo a lo mucho tres copas en una mesa, Funes tenía la capacidad de retener todas las bifurcaciones, racimos y frutos presentes en una parra. Narra Borges:

Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas

en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un río levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho.

Funes no tenía necesidad de escribir nada para recordar. Una vez que había pensado algo, ya no se le podía borrar. Mientras Borges imaginaba a Funes justamente por esos años, entre 1920 y 1950, el neurofisiólogo ruso A.R. Luria realizaba una profunda investigación sobre alguien que podríamos denominar el primo ruso del me-

morioso argentino. Se trataba de un reportero llamado Solomon-Veniaminovich Sherehevskii a quien, para efectos de estudio, se le nombraba simplemente S (no se nos fuera a olvidar el nombre). Pues bien, S fue remitido al investigador por el director del periódico en que trabajaba, ya que notó algo inusual en su reportero.

Cuando los demás periodistas tomaban copiosas notas sobre las órdenes del día (nombres, teléfonos, direcciones, líneas de investigación), S no tenía necesidad de escribir nada. Una vez que se le decía algo ya no se le borraba de la mente. Él pensaba que

ello no era algo fuera de lo común. Se sorprendió cuando notó el interés que empezó a despertar: “¿Acaso no todos recordamos todo?”, inquiría.

Luria le hizo diversos tipos de pruebas, desde listas pequeñas de veinte a cincuenta palabras, hasta listas con cientos de objetos, S lo recordaba todo perfectamente. En un experimento, Luria le pidió que leyera una lista con cientos de sílabas sin sentido y repetitivas, pero sin ningún patrón, tales como: va, ma, na, sa, na, va...; S no tuvo ningún problema en repetir las de memoria inmediatamente.

Ocho años después, sin ninguna advertencia, Luria le pidió que recordara esa lista. S comenzó a hablar en forma pausada, como si hubiera sido un personaje imaginado por Borges:

Sí, sí... ésta fue una serie que usted me dio en una ocasión en que nos encontrábamos en su departamento... usted estaba sentado junto a la mesa y yo en una mecedora... usted llevaba un traje gris y me miró fijamente... ahora lo veo entregándome la lista...

A continuación S la repitió sin ningún error: “*va, ma, na, sa, na, va...*”.

EL HOMBRE QUE NO PODÍA OLVIDAR

El poder de la memoria de S estaba relacionado con el fenómeno de sinestesia en el cual los sentidos pierden sus límites usuales y se entremezclan. De esta manera, los estímulos visuales podrían asociarse con olores, sabores y sensaciones del tacto. De acuerdo con sus biógrafos, Jean Sibelius percibía los tonos como colores. En el caso de S, los sonidos de las palabras podían lite-

ralmente verse. Esta vívida experiencia sensorial hacía que cualquier listado de nombres fuera todavía más memorable.

En los experimentos, ante un tono de cincuenta Hz., con una amplitud de cien decibeles, S veía una raya marrón sobre un fondo oscuro. La raya tenía “bordes rojos como la lengua”. Simultáneamente experimentaba un sabor agrí dulce. Un diferente tono y amplitud producían la imagen de una raya ancha de color anaranjado rojizo en el centro. Al elevar la amplitud, la imagen se transformaba en una cuerda violeta con fibras salientes por todas partes.

S decía que no podía dejar de ver colores, líneas, manchones o salpicaduras al oír un sonido. En una ocasión, uno de los investigadores le preguntó si tendría algún problema en encontrar el camino de vuelta hacia un determinado lugar. S le contestó:

¿Cómo lo podría olvidar? Después de todo, me toca pasar aquí, por esta cerca, que tiene un sabor salado y es muy rugosa; además produce un sonido muy agudo y penetrante.

Lo mismo le sucedía a su primo Funes. Sus recuerdos no eran simples, decía Borges: “Cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etcétera”. El problema para ambos era cómo olvidar. Funes decía que su memoria era como un tiradero de basura. Por su parte, la paradójica técnica que usaba S para tratar de olvidar consistía en escribir las listas para intentar desprogramarlas y descongestionar su mente. Mientras que algunos novelistas escriben para no olvidar y así consagran el santo oficio de la memoria, S escribía para olvidar.

Los primos memoriosos de Funes y S son varios: A.C. Aitken, profesor de mate-

máticas de la Universidad de Edimburgo, recordaba fácilmente (hacia atrás y hacia adelante) mil cifras decimales de Pi, se acordaba de listas de palabras de pruebas de memoria realizadas veintisiete años antes; un norteamericano, Daniel McCartney a la edad de cuarenta y cuatro años podía recordar lo que había hecho en cada día desde su infancia: las condiciones climáticas, lo que había comido, las sensaciones de cada fecha; otro prodigio ruso tenía un cerebro con un “disco duro” que le permitía recordar ciento cincuenta poemas y memorizar palabra por palabra una historia que se le había contado, por primera vez, hacía unas semanas antes; Temístocles recordaba los veinte mil nombres de los habitantes de Atenas; el cardenal Mezzofanti, en el siglo XIX, dominaba setenta y ocho idiomas; Álvaro Obregón asombraba con detalles que no escapaban de su memoria: barajaba las cincuenta y dos cartas, las repasaba una sola vez y luego las repetía en su orden, sin ver el paquete de naipes: “dos de oros, seis de copas, rey de bastos, as de espadas, siete de oros...”, le bastaba leer por primera vez la página de un libro para repetirla con los ojos cerrados en forma precisa; Shushani, el maestro de Levinas y Elie Wiesel era considerado un Mozart del Talmud: recordaba la posición exacta en la página y la página precisa de cada palabra de esos antiguos tratados.

Funes, dos o tres veces, podía reconstruir un día entero, y sus recuerdos, dice Borges, eran más minuciosos y vivos que nuestra percepción de un goce o un tormento físico. Funes y su primo ruso eran memorable memoria encarnada. Esto nos deja un problema a los que no somos ni de cerca tan memoriosos, ¿cómo los olvidamos?, ¿qué nos recuerdan? **U**

El poder de la memoria de S estaba relacionado con el fenómeno de sinestesia en el cual los sentidos pierden sus límites usuales y se entremezclan.